INTERDISCIPLINA

Artes y riesgos del Arte Dialógico[1]

Denise Najmanovich[2]

Antes de hablar de interdisciplina es necesario clarificar ciertos aspectos fundamentales de aquello que denominamos disciplina, es preciso evocar los diversos significados de este término. En principio consideraré dos de ellos: el que atañe al discurso respecto de un área de conocimiento y el que está implicado en el acto de disciplinar, entendido como poner orden, corregir e incluso exigir obediencia.

No resisto la tentación de poner en juego ambos significados, de arriesgarme a pensar cuánto en común podemos encontrar entre ellos: una disciplina, entendida como área cognitiva, implica poner orden, organizar un discurso respecto de lo que se ha dado en llamar "su objeto", recortar un área de pertenencia y construir sus herramientas de abordaje. Es más, las disciplinas no existen en abstracto, sino a través de la acción humana en el seno de una cultura y en un espacio tiempo determinado. Por lo tanto, este proceso tiene lugar en el seno de instituciones: las comunidades científicas. Estas establecen sus formas de comunicación, de validación, de relación tanto interna como con el contexto. Esas comunidades imponen una doble disciplina a sus miembros: la de la tradición cognitiva que la comunidad acepta y transmite - o sea, el paradigma que le es propio, que incluye tanto los aspectos conceptuales específicos como los valores y las metodologías-; y la disciplina que se relaciona con las reglas protocolares, o sea, los modelos comunicacionales y la estructuracíon de las relaciones de poder-saber que se da en las instituciones por las que transcurre la práctica profesional.

Como vemos, entre los dos usos del término "disciplina" no se produce una homonimia casual, sino que estos dos sentidos comparten algunas áreas de significación, aunque no todas. Podemos decir que existe una relación metafórica muy interesante entre ambas y que esta relación habla a las claras de nuestra forma de experienciar "las disciplinas".

En las épocas de estabilidad teórica e institucional, las disciplinas viven momentos de euforia, caracterizados por la creencia en un avance permanente sobre su objeto de estudio, merced al consenso generalizado de la comunidad respecto del paradigma, y a que no hay en el entorno cuestionamientos que quiebren la paz institucional.

En los momentos de crisis, cuando la estabilidad estalla en pedazos, ya sea debido a las fluctuaciones internas, como por la aparición de cuestionamientos o demandas externas que afectan la práctica habitual, las creencias sobre el avance rectilíneo del conocimiento hasta cercar a la "verdad" se desvanecen. Las instituciones ven cuestionada la disciplina, en los dos sentidos antes mencionados. Y es en ese momento en que suele aparecer el debate o la cuestión de la interdisciplina, e incluso de la transdisciplina.

---

1 Publicado originalmente en “Tramas” , Revista de la Asociación Uruguaya de Psicoanálisis de las configuraciones vinculares.

2 Vicepresidenta de Fundared (Fundación para la promoción de las redes sociales). Profesora titular de Epistemología de las Ciencias Sociales y Epistemología de la Psicología Social, Universidad CAECE, Buenos Aires, Argentina. E-mail: najmanov@mail.retina.ar

Los peligros del "Paraíso"

Crisis es el término chino para "oportunidad". A nosotros occidentales pertinaces nos resulta extraño este emparejamiento entre problemas y oportunidades. Sin embargo, resulta sumamente esclarecedor rastrear esta extraña convivencia semántica. Para ello es imprescindible ponernos en contacto con los aspectos productivos y creativos de la crisis, que están en estrecha relación con la aceptación de las **inestabilidades y fluctuaciones como prolegómenos y señales del cambio**. A su vez, resulta crucial el darse cuenta de los elementos negativos de la estabilidad: el aburrimiento, el estancamiento, la falta de creatividad, la imposibilidad de crecimiento. Sólo la tendencia a la inercia mental e institucional, y la gratificante sensación de seguridad asociadas a la estabilidad -tanto teórica como política-, le ha dado a ésta una gran ventaja frente a las fluctuaciones y fuerzas que tienden al cambio.

La modernidad privilegió ampliamente la búsqueda y mantenimiento de contextos estables o, a lo sumo, la instrumentación de cambios progresivos (graduales y lineales) que no afectaran la "esencia" de los sistemas.

En la contemporaneidad -independientemente de si la caracterizamos como posmoderna o no- el cambio es el signo de los tiempos. Estamos viviendo una temporalidad agitada y múltiple, se hace imprescindible aprender a navegar o "**surfear" sobre las "olas de los tiempos"** en que nos ha tocado vivir. Hoy sentimos que todo lo que hasta hace pocos años se mantenía consolidado, se está desarmando: "todo lo sólido se desvanece en el aire"[3]. Desde esta perspectiva el Sujeto también se encuentra cuestionado en su lugar, en sus formas de producción, en sus formas de vida junto con sus modelos, sus teorías y sus paradigmas. Y desde luego, las ciencias que han hecho del sujeto su campo de acción -tanto teórica como práctica- se ven conmovidas por esta "crisis de la subjetividad" que nos afecta.

Recién en las últimas décadas empezamos a tomar conciencia de que los cambios teóricos están indisolublemente ligados a los cambios en los modos de vida, en las prácticas profesionales y en los estilos institucionales -y viceversa-. Sólo en los últimos años estamos empezando a abandonar la vieja senda platónica que hace de las teorías entelequias, en un mundo puro: "el paraíso de las ideas", allí donde nada cambia, donde nada se descompone, donde nada muere... pero tampoco nada puede llegar a vivir.

Las concepciones positivistas de la ciencia dividieron el conocimiento en compartimentos estancos. Merced a estos planteos cada disciplina se ocupaba sólo de su "objeto" sin contaminarse, o contaminar a los demás. Y especialmente, sin contaminarse con la "subjetividad" considerada como la fuente de todo error y desviación del recto camino del saber objetivo.

Este disciplinamiento que dividía radicalmente las esferas del sujeto y el objeto es la condición fundante de un modelo de conocimiento como pura abstracción, reflejo de un mundo

[3] Deliciosa frase debida a Marshall Berman

pre-dado, anterior e independiente de toda experiencia: el mundo que los positivistas bautizaron como "objetivo".

En el paraíso el conocimiento está prohibido, probar su fruto ha causado la expulsión del hombre de ese mundo sin conflictos, pero sin pasión y sin sabiduría. En la esperanza de volver a ese estado de pureza indiferenciada, muchos creyeron -y creen- en la posibilidad de una "razón pura", desapasionada, desubjetivizada, ligada sólo por conexiones lógicas a un mundo objetivo, abstracto, matemático.

Estas ilusiones están en el seno mismo del proyecto científico de la modernidad. Un proyecto que en nombre de la pureza, y esperando alcanzar el paraíso de la verdad, eliminó al sujeto del mundo del conocimiento, y dividió al mundo en compartimentos estancos, claramente delimitados y disciplinados.

La creencia en un mundo único y objetivo ha empezado caerse a pedazos con el correr del siglo, junto con la concepción del conocimiento positivista a la que estaba asociado. Paradójicamente, fueron las "crisis de paradigmas" de las ciencias duras, mucho más que las vehementes protestas románticas[4], las que impulsaron este cambio radical en nuestra manera de concebir el mundo y el conocimiento. Ya al finalizar el siglo XIX con la aparición de las geometrías no euclidianas y al despuntar el XX con el teorema de Gödel en la matemática, los modelos probabilistas y el principio de indeterminación en la física cuántica, los modelos de autoorganización y autopoiéticos en la fisicoquímica y la biología, y finalmente en las postrimerías de nuestra centuria, la teoría del Caos y los enfoques de la Complejidad, tanto en las ciencias como en la epistemología. El paradigma de la Simplicidad ha implotado, la filosofía positivista ya no es ama y señora, hoy se han vuelto rutina los cuestionamientos que en los sesenta - cuando T. S. Kuhn publicó "La estructura de las revoluciones científicas"- resultaron revolucionarios.

Lejos del paraíso de la pureza, de la verdad incontrovertible, de las ideas claras y distintas y del mundo inodoro, incoloro e insípido, el ciudadano planetario de fin de siglo se encuentra navegando en la complejidad. Asiste a la multiplicación de mundos posibles, al desarrollo de nuevas dimensiones de la experiencia (como la realidad virtual), ve caer fronteras y muros que nos querían hacer creer que eran eternos. Y junto a todas estas novedades, conviven -aunque no precisamente en armonía- viejas instituciones, teorías, modelos relacionales. Esta situación de altísima tensión cognitiva y emocional por la que transitamos exige de nosotros un esfuerzo en el esclarecimiento de nuestras posibilidades y limites, de nuestra identidad como seres cambiantes -valga la paradoja- y de los estilos cognitivos que se adecuan mejor a esta realidad en mutación.

Creo que finalmente deberemos aceptar el hecho de que por desgracia -o por suerte- hemos sido expulsados del paraíso, o tal vez nunca estuvimos allí. Al dejar atrás el remedo de paraíso creado por el paradigma de la simplicidad, entramos en el mundo de la complejidad:

[4] De hecho el romanticismo reforzó la posición positivista al afirmarse en una postura dualista que aceptaba la dicotomía radical entre sujeto y objeto, entre conocimiento y pasión, entre cuerpo y mente.

mundo multiforme y mutante, "entre el cristal y el humo" -como nos lo planteara sabiamente H. Atlán-, o "islotes de orden en un mar de caos" -como lo bautizó E. Morin. Un mundo paradójico como las pinturas de Escher o los objetos fractales, un mundo multidimensional en evolución. ¿Qué lugar podrán tener las disciplinas en este mundo de fin de siglo tan lejos del paraíso, tan cerca de nosotros...?

Del mundo pre- cortado a la interacción cognitiva

Hace muchos años escuché con gran deleite una conferencia sobre interdisciplina en la cual se planteó que "El mundo tiene problemas pero la universidad tiene departamentos". Con el transcurso del tiempo yo misma comencé a ser invitada para exponer mis puntos de vista sobre este tema y me remití con frecuencia a aquella frase, que en su momento me había permitido comprender la distancia entre las instituciones académicas, cada vez más fosilizadas, y "el mundo nuestro de cada día". El hechizo del eslogan se deshizo cuando en vez de focalizar mi atención en la rigidez de la universidad -que cada día es más evidente-, lo hice en la sustancialización de los "problemas". A medida que nos vamos alejando de las concepciones positivistas, nos damos cuenta de que ni los hechos, ni los datos, ni los problemas son cosas del "mundo en si", sino que surgen en nuestra **inter**acción con él. Algo es un problema para alguien, respecto de algún punto de vista particular, de alguna esperanza o de una expectativa: no hay problemas "in abstracto", somos nosotros y no un supuesto mundo "en si" u objetivo, los que tenemos problemas.

Al comprender que tanto las instituciones como las teorías de la modernidad tienden a fosilizarse y -peor aún- a "naturalizar"[5] sus puntos de vista, nos ponemos en contacto con la gigantesca dimensión del peligro que entraña la "estabilidad" y la "objetividad". Dice Humberto Maturana que todo aquel que habla desde la objetividad está haciendo una petición de obediencia a su interlocutor. Cuando un discurso se erige en fundamento de lo real, cierra las puertas al diálogo, al cambio, a la evolución y las abre a la muerte. La segunda ley de la termodinámica expresa que en los sistemas aislados, la entropía aumenta hasta un máximo (es decir que aumenta el desorden hasta que al llegar al equilibrio ya no hay más procesos). Para los sistemas biológicos o sociales, el equilibrio es la muerte y la aislación sólo puede conducir a este desgraciado final.

Las comunidades cerradas, sean científicas o de cualquier otro tipo, se encaminan inexorablemente hacia la muerte, hacia el fin de los procesos, el fin del conocimiento.

Aquellos que creen que existe una sola Verdad - que casualmente coincide siempre con la propia- pretenden que su voz es la voz de los hechos, y por lo tanto cierran sus "puertas y

[5] El proceso de naturalización consiste básicamente en olvidar cómo surgen los problemas, para quienes estos son tales, las dificultades para establecer una determinada perspectiva o imponer un nuevo concepto. Se trata fundamentalmente de una operación de a-historización a partir de la cual se le otorga a los conceptos nacidos en un contexto humano -histórica y socialmente determinado-, una apariencia de eternidad e independencia.

ventanas " al mundo y se abroquelan detrás de sus certezas, que actúan como murallas que impiden el paso de cualquier disidencia (diferencia o novedad).

Ahora bien, si consideramos que los hechos sólo pueden aparecer en el lenguaje a partir de nuestras palabras, y que éstas sólo surgen de nuestra interacción con otros sujetos hablantes, debemos aceptar que todo conocimiento del mundo no puede ser un reflejo de éste, sino que es una creación surgida de nuestra interacción con el mundo. El conocimiento no es algo que esté en las cosas o en "nuestra cabeza", el conocimiento es fruto de la interacción sujeto-mundo. Mientras estemos vivos, mientras interactuemos, el conocimiento no será nunca algo fijo o acabado, algo completo o totalmente definido. Sin embargo, todo conocimiento tiene una cierta configuración, un campo de posibilidad, una consistencia y una posibilidad -e imposibilidad- de cambiar. Los conocimientos no planean sobre nosotros en el "Topos Uranos", sino que somos nosotros los que los producimos y reproducimos, los creamos y matamos.

El conocimiento no es nunca un proceso abstracto -y mucho menos un producto-. Es algo que ocurre en el espacio "entre": entre un sujeto y otros sujetos, entre el sujeto y sí mismo, y en la interacción del sujeto y el mundo.

Las disciplinas no existen en abstracto, sino que son la producción de comunidades científicas. Los conocimiento que producen están enraizados en las prácticas - teóricas y pragmáticas- de esta comunidad. Los "objetos" de estas disciplinas son productos emergentes de los modos de interacción de esa comunidad con el mundo. Los problemas que estudia sólo serán tales en los términos específicos de interrogación que esa comunidad adopta.

Estos planteos se encuentran muy lejos de los pagos del positivismo donde los objetos del mundo vienen "pre-cortados" a medida para cada disciplina. Por el contrario, la perspectiva post-positivista implica la aceptación de nuestra responsabilidad por los "recortes" que hacemos de nuestra experiencia del mundo para poder conocerlo.

En la actualidad estamos asistiendo a "un movimiento que va de la Ciencia poseedora del un objeto y un método, a los Campos conceptuales articulados en prácticas sociales alrededor de situaciones problemáticas" (A. Stolkiner). Este desplazamiento es el fruto de un amplio movimiento en la sociedad y no de una imposición académica o una nueva verdad revelada. Al contrario, estas nuevas formas de abordaje, que en muchos casos implican una necesidad de establecer un diálogo interdisciplinario más o menos sistemático, se relacionan directamente con lo que consideramos problemas en la contemporaneidad. Como bien lo planteara Alicia Stolkiner: "La interdisciplina nace, para ser exactos, de la incontrolable indisciplina de los problemas que se nos presentan actualmente. De la dificultad de encasillarlos. Los problemas no se presentan como objetos, sino como demandas complejas y difusas que dan lugar a prácticas sociales inervadas de contradicciones, imbricadas con cuerpos conceptuales diversos".

Muerte y resurrección del sujeto

Un hito clave del surgimiento de la Modernidad es la invención del sujeto cartesiano. Paradójicamente podemos plantearnos que Descartes hace nacer la criatura para esconderla inmediatamente debajo de la alfombra. Recién nacido, el sujeto es aplastado por el peso de la racionalidad matematizante. El Sujeto Cartesiano, sujeto de la objetividad, no podía dar cuenta de sí mismo porque no podía verse : era un hombre desencarnado, una pura racionalidad abstracta.

El cuerpo de ese sujeto despedazado fue considerado el campo de estudio de la biología y la medicina. La psiquis en cambio quedó flotando varios siglos en el limbo a la espera de una comunidad que la adoptase. La propia metodología cuantitativa era un verdadero chaleco de fuerza que ahogaba todo intento de pensar el psiquismo más allá de una recolección de datos triviales. Freud fue un verdadero pionero que se animó a caminar por los bordes de la medicina decimonónica, a tender puentes entre una teoría fosilizada y una práctica que requería de nuevas categorías. Nunca dudó en buscar metáforas en otras áreas, desde la literatura hasta las artes plásticas, la filosofía o la religión. Todas eran fuentes legítimas donde abrevó su pensamiento.

No podía ser de otra manera, ya que los nuevos conceptos y categorizaciones sólo surgen de nuevos modos de experienciar el mundo y producir significado. "Sólo la diferencia puede producir diferencia". La novedad sólo nace de un encuentro con el otro (interno o externo).

A pesar de lo profundamente revolucionario de su pensamiento, Freud quedó atrapado en una epistemología positivista, en una metáfora termodinámica clásica -cuyo eje central era el equilibrio- y en una concepción causalista del devenir psíquico. Sus herederos raramente se han atrevido a ir más allá del maestro en relación con estos aspectos, de manera tal que hoy sufrimos un profundo desajuste entre los modos específicos de subjetivación y las teorías que intentan dar cuenta de ellos. Sólo una práctica dialógica continuada y sistemática permitirá la emergencia de categorizaciones que den sentido a nuestra experiencia del mundo en este fin de siglo.

La mentalidad moderna nos condena a una mono-lógica, a la repetición, a la identidad esencial absoluta. Necesitamos crear otras perspectivas que nos permitan abordar estas cuestiones clave de la contemporaneidad: ¿Cómo construir un diálogo entre distintas disciplinas, entre distintos modos de conocimiento? Consideramos que el primer paso consiste en reconocer las diferencias, no para integrarlas, sintetizarlas o producir una nueva totalidad más abarcadora, sino para aprender a navegar en la diversidad, dando lugar a que aparezca un acontecimiento, una nueva metáfora que nos lleve hacia nuevos espacios cognitivos o que enriquezca nuestra paisaje actual. Sólo al reconocer que ninguna perspectiva particular puede ser completa, al aceptar la necesidad del vacío y de la incertidumbre, podremos participar de un encuentro dialógico en el que se produzca una fertilización cruzada, en el que podamos nutrirnos en el **inter**cambio. La interdisciplina es el diálogo entre diferentes, manteniendo y disfrutando el poder creativo de la diferencia, enriqueciéndonos con ella. El cultivo de esta práctica implica el abandono del totalitarismo monológico, de la creencia en que una disciplina puede recubrir completamente un objeto que le es propio, que existe un solo método de interrogación.

A diferencia de la modernidad que arrasó con la diferencia, creemos que en la actualidad es fundamental mantener las distinciones, la heterogeneidad, la diversidad y reconocer la legitimidad en cada ámbito de cada una de las descripciones -lineal y no lineal, continua y discontinua, analítica y sintética-, ya que ninguna puede ser completa (ni es completada por la otra!!). Al tomar estos pares de opuestos, lo más interesante parece ser que podemos poner la paradoja en movimiento y que con ello aparecen nuevos planos de la realidad para explorar y enriquecernos (Najmanovich, 1995).

Es fundamental aclarar que la fertilización cruzada no implica una mezcla indiscriminada, ni una yuxtaposición, sino que abre el juego a nuevas emergencias sin necesidad de síntesis. En algunas situaciones puede darse, aunque esto no es común -ni mucho menos necesario- que el diálogo sostenido comience a configurar una nueva perspectiva transdisciplinaria que de origen a una nueva tradición de investigación en una nueva comunidad con sus propias reglas, protocolos, valores y metodologías. Se irá desarrollando una nueva disciplina y el juego dialógico volverá a comenzar.

La apuesta central de aquellos que reconocen la necesidad de un amplio **inter**juego dialógico para producir sentidos coherentes con nuestra vida contemporánea es la de "desterritorializar" el conocimiento, romper con la "propiedad privada" disciplinaria. Abrir la puerta a otras perspectivas que nos permitan construir narraciones multidimensionales. En el campo de los estudios sobre el sujeto estamos comenzando a darnos cuenta cabalmente que el hombre modernista que pretendió haber domesticado al universo, se perdió a sí mismo. Los románticos, espantados ante el predominio racionalista, se propusieron hacerle un lugar en la cultura a la subjetividad -asiento de la creatividad, genio, flama y figura-. Entonces, en una decisión Salomónica-Kantiana decidieron que los positivistas y los científicos se quedaran con el mundo de la objetividad y los románticos con el mundo del sentido, de la creatividad, de las artes, de la ética, de la estética, del sentimiento, de la pasión. El movimiento romántico, aparentemente contrario al positivismo, lo que hizo fue sostener y reforzar la posición positivista, paradójicamente, gracias a su férrea oposición.

Hacia fines del siglo XIX el espacio de teorización sobre el sujeto se encontraba divido bastante exhaustivamente entre las dos posiciones mencionadas: el sujeto racional, científico estaba separado del sujeto emocional, deseante, viviente. Las nuevas metáforas y dispositivos conceptuales que permitirían un abordaje multidimensional del sujeto recién comenzarían a emerger varias décadas después de la muerte de Freud

En la actualidad comienza a tomar cuerpo la metáfora del **universo como red fluyente o entramado relacional.** Esta forma de concebir el mundo es particularmente apta para pensar la producción de subjetividad y su entramado en el imaginario social. A lo largo de nuestro siglo, no sólo el pensamiento sobre el sujeto ha ido atravesando por un período de cambios fundamentales, también asistimos a una metamorfosis de nuestra experiencia como sujetos en este mundo en mutación en el que estamos cuestionando nuestro lugar, nuestras formas de producción subjetivas y objetivantes, nuestras formas de vida junto con los paradigmas que las han sustentado.

Desde las perspectivas que dan lugar a la complejidad, el sujeto no es meramente un individuo, es decir un átomo social, ni una sumatoria de células que forman una aparato mecánico, sino que es una unidad heterogénea y abierta al intercambio. El sujeto no es una sumatoria de capacidades, propiedades o constituyentes elementales, sino que es una organización emergente, que sólo adviene como tal en la trama relacional de su sociedad. Esta es la forma peculiar que adopta la metáfora de redes fluyentes en el campo del pensamiento sobre el sujeto y la subjetividad. El sujeto complejo no es concebido como una sustancia, una esencia, una estructura o una cosa sino un devenir en las interacciones. Las nociones de historia y vínculos son los pilares fundamentales para la construcción de una nueva perspectiva transformadora de nuestra experiencia del mundo no sólo en el nivel conceptual, sino que implica también abrirnos a una nueva sensibilidad y a otras formas de actuar y de conocer.

Desde esta mirada resulta claro que el pensar la subjetividad es una tarea inmensa que excede largamente la competencia de un solo grupo disciplinario. Muy por el contrario, se trata de una búsqueda sin término, que se transforma con cada hallazgo, una búsqueda en la que todos somos a la vez exploradores y explorados, sujetos y objetos, medio y fin. Desde esta perspectiva el diálogo interdisciplinario no es una herramienta más, sino un desafío imprescindible.

Dijo Kafka: "Aunque no ha sucedido, es quizás imaginable la posibilidad de que alguien se haya salvado del canto de las sirenas, pero de su silencio ciertamente no". Tomando esta deliciosa metáfora, creo que muchos podrán atarse al mástil disciplinario para no escuchar a las sirenas u otros seres fantásticos que encarnan otras disciplinas u otras perspectivas, modos o estilos de conocimiento. Pero nadie podrá dejar de sentir el efecto de su silenciamiento.